

# Educación, género y feminismo en los lugares de la memoria

---

*Luz Maceira Ochoa*

El Colegio de México

## Resumen

Partiendo de la idea de que los lugares de la memoria tienen un papel en la construcción de imaginarios y representaciones sociales, los analizo como espacios formativos en los que hombres y mujeres aprenden, refuerzan o reconstruyen identidades, valores y subjetividades de género que pueden influir en la reproducción o transformación del orden tradicional de género, constituyéndose por tanto, en un espacio de incidencia clave para la lucha feminista.

## *Palabras clave*

Educación y memoria colectiva, subjetividades de género, lucha feminista.

## *Abstract*

«Education, gender, and feminism in memory places»

Based on the idea that memory has a role in the construction of social imaginaries and representations, I analyze memories as formative spaces in which men and women learn, reinforce or rebuild gender identities, values, and subjectivities and how they can influence the reproduction or transformation of the traditional gender order; arguing in turn, that they constitute a key site of impact for feminist struggle.

## *Key words*

Education, memory, gendered subjectivities, feminist struggle.

## Introducción

Los lugares de la memoria sirven para filtrar en nuestra vida — de manera sutil y cotidiana— esa historia que nos constituye. En monumentos, nombres de calles, plazas y escuelas, monedas, museos, fiestas patrias, celebraciones comunitarias, ritos, símbolos, etcétera, se materializa físicamente la memoria colectiva, se plasman relatos locales o nacionales que configuran nuestros imaginarios e identidades y construyen «la» historia que no podemos/ queremos olvidar, al tiempo que borran de la memoria, sumergiendo en el silencio y el olvido, otros relatos y actores sociales.

La memoria, la historia y el olvido están en compleja interacción y tienen un gran impacto en la formación de nuestra subjetividad, en el desarrollo psíquico de la persona, de la sociedad y de generaciones enteras. Pensemos, por ejemplo, en el impacto formativo de los museos, instituciones que concentran las manifestaciones culturales y median nuestro contacto con la realidad y con la historia que custodian; o en las celebraciones públicas donde surgen formas de lenguaje y de relación social manifestadas por expresiones simbólicas verbales y visuales, posiciones y demandas; sujetos y visiones que refuerzan historias, valores, temas y personajes de ciertas culturas y grupos sociales, establecen una vinculación e identidad colectivas. Estas identidades, asociadas a imaginarios y narrativas particulares confirman, mantienen, retan y crean las relaciones de poder de la sociedad, y con ellas, las de género.

En este ensayo destaco algunos puntos de partida claves para reflexionar sobre los lugares de la memoria y el aprendizaje en torno del género en ellos, a fin de recalcar la importancia de abordar un tema que resulte crucial para el feminismo. Para esto, parto de una breve descripción de los lugares de la memoria como espacios educativos, y particularmente de lo que se puede aprender en ellos en términos de las representaciones, modelos y sentidos sociales del género, esbozando la formación de subjetividades concretas como productos posibles del aprendizaje de género en los lugares de la memoria. Esta reflexión más bien teórica se apoya en un trabajo empírico que por motivos de espacio no puede ser retomado con la profundidad necesaria, sin embargo, le da sustento.

### **1. Punto de partida: la investigación en educación y género**

La investigación de los procesos educativos desde una perspectiva de género ha tomado diversas rutas para explicar cómo el orden generizado se produce y reproduce en el sistema educativo, y las formas por las que se afecta de manera particular a las mujeres, con la intención de promover medidas y políticas para

revertir esta tendencia. Hay muchos estudios a nivel macro, meso y microeducativo que abordan temas diversos respecto de los mecanismos y prácticas que favorecen una educación diferenciada y desigualadora. La mayoría de éstos están centrados en el sistema escolar y las políticas educativas, algunos más se centran en áreas como analfabetismo, educación indígena, educación y trabajo, o educación familiar, y otros, en grupos específicos de mujeres.

En los años recientes surgieron nuevas perspectivas en la investigación que enfatizan los procesos micropolíticos, el reconocimiento de múltiples tensiones e interrelaciones dialécticas en el proceso educativo, así como la conceptualización de las personas como sujetos capaces de resistir, con capacidad y posiciones cambiantes, entre otros aspectos. Buscan comprender cómo las personas se convierten en sujetos generizados, es decir, en hombres y mujeres según modelos sociales particulares, cómo a través de dispositivos diversos se da sentido y valor a una/o misma/o y a la realidad.

Siguiendo esta lógica, planteo que el análisis de los modos particulares en que a través de los lugares de la memoria se pueden aprender determinados contenidos en torno del género, así como del impacto de ese aprendizaje, es un reto fundamental para lograr algunos de los cambios profundos que se requieren para avanzar en la lucha feminista. Abordar espacios formativos distintos al sistema escolar permite comprender otras dimensiones de la educación en su sentido amplio, como una práctica cultural mediada por distintas herramientas o experiencias que buscan producir un aprendizaje, en este caso, un aprendizaje referido al orden del género, del que se puede derivar una posición vital y desigual para hombres y mujeres.

## **2. Los lugares de la memoria como espacios educativos**

Los lugares de la memoria tienen un alto potencial en la construcción y formación de subjetividades, imaginarios, símbolos y culturas determinadas, es decir, tienen un papel en el complejo y permanente proceso formativo de las personas. Influyen en el proceso de aprendizaje simbólico por el que se internalizan contenidos sociales y políticos que favorecen la aceptación de una determinada historia, la asunción de una identidad imaginada e impuesta, así como los valores y representaciones asociadas a ellas, o sea, la formación de una subjetividad dada.

Algunas características del aprendizaje simbólico son que en éste se involucran procesos sociales y afectivos, la gente que participa en ellos se encuentra en un estado emocional y cognitivo que permite el anclaje de mensajes «capaces de perdurar a lo largo de la vida» y que favorecen la construcción de imaginarios. Una de

sus particularidades es generarse en contextos altamente sensoriales, emocionales y colectivos, así como tener una dimensión ritual y política [González, 2005].

Muchas actividades y espacios reconocidos como lugares de la memoria — como las celebraciones públicas— por su carácter abierto, lúdico, festivo, y ritual, generan ese ambiente propicio para el aprendizaje simbólico. Recordemos un desfile conmemorativo de las fiestas patrias y su ritualización: coloridos, emblemas, formaciones, héroes y heroínas, consignas y remembranzas que en un ambiente solemne y festivo generan emoción y afirmación como parte de una nación, de la historia y la gloria que aprehendemos y hacemos propia.

En los lugares de la memoria el aprendizaje no se da por un dispositivo de enseñanza-aprendizaje claramente organizado sino por códigos y formas educativas variadas y difusas, por mediaciones pedagógicas tales como la actuación, la ejecución, la escenificación, o la participación, que comunican un guión mediante una «interacción comunicativa en términos simbólicos» que los sujetos reinterpretan para construir significados en y de la vida social, sentidos de pertenencia, y vínculos colectivos [*idem*, 87]. Los lugares de la memoria tienen un carácter didáctico en tanto comunican y refuerzan un conjunto específico de valores y una ideología que sustentan la estructura de la sociedad misma, y que encarnan la vida comunitaria. Son un escenario donde se aprenden repertorios culturales y guiones sociales determinantes en la construcción de nuestros referentes histórico-culturales, por lo tanto, de nuestra identidad y subjetividad a partir de las cuales nos relacionamos con el pasado, presente y futuro.

Los lugares de la memoria cristalizan la memoria colectiva, las narraciones que configuran el macrorrelato social que habrá de memorarse, que contendrá las interpretaciones y significados de los hechos que recontaremos y que buscamos comprender. Suelen funcionar como mecanismos de poder [Del Valle, 1997]: designan espacios para hombres y mujeres, los representan de cierta manera y no de otra, comunican unos valores, construyen y legitiman cierto tipo de historias, nombran y visibilizan algunos hechos y personajes, favorecen un tipo de identificación particular, y omiten otros. Es decir, formalizan un pasado, imaginarios sociales y una memoria histórica correspondientes, por lo general, a visiones hegemónicas y androcéntricas que silencian y excluyen a las minorías, a los grupos subordinados, a las mujeres y otras personas que están al margen de las identidades y miradas dominantes. Pensemos en fiestas, fechas, monumentos e imágenes que consagran la historia. Ni las mujeres, ni la diversidad étnica, racial y social del país están reflejados, usualmente exhiben un mismo tipo de protagonista, una historia en blanco

y negro de la que sólo vemos un lado, y omiten el conflicto, la resistencia, y la diversidad.

En los lugares de la memoria se comunican, negocian, producen e incorporan el aprendizajes de género, pues varios de sus contenidos aluden a mandatos, significados, roles, lugares, identidades individuales o colectivas, prescripciones, representaciones, imaginarios, prácticas, valoraciones respecto de lo femenino-masculino y a las mujeres y hombres (entre otras adscripciones identitarias). Son contenidos diferenciados, diferenciadores, y casi siempre generadores de desigualdad. Un ejemplo lo aporta el análisis del cedulario de las salas del Alcázar del Museo Nacional de Historia. Éste destaca sistemáticamente una serie de actividades políticas y hazañas militares como hechos fundantes de la actual nación, exaltando a personajes masculinos asociados a actividades escritas textualmente como: gobernar, enemistarse, enfrentar, combatir, luchar, reprimir, ganar, mandar, imponer, decidir, determinar, entre otras claramente relacionadas a la libertad, el poder, la inteligencia, la fuerza, y la acción; mientras que a las pocas figuras femeninas que se dedican algunas líneas en el cedulario, se asocian actividades como: gozar de compañía, organizar recepciones, convivir, hacer obras de beneficencia, ser piadosa, casarse, reflejando una imagen estrictamente vinculada a lo doméstico, a la pasividad, al «decoro», y en relación subordinada con la pareja y la familia, situación que además no es problematizada. El cedulario codifica y comunica acriticamente la desigualdad.

### **3. Los procesos formativos generizados en los lugares de la memoria y el olvido**

Intentar comprender qué supone el impacto formativo de los lugares de la memoria puede partir — a manera de ejemplo— del análisis de la formación de subjetividades y de sus implicaciones. El feminismo aportó distintos significados y maneras de entender la subjetividad, colocándola en el centro de la acción educativa y feminista. La subjetividad no es fija, deviene, es un proceso en el que influyen múltiples factores, se construye en y a través de un conjunto de relaciones con las condiciones materiales y simbólicas mediadas por el lenguaje, y atravesadas por el poder [Bonder, 1998]. Una dimensión fundamental en ésta es el «proceso de generización» por el cual cada persona asume los mandatos de género y se inscriben en su cuerpo deseos, posiciones y experiencia, se «generiza», es decir, se adscribe en mayor o menor medida a los sentidos y modelos de género disponibles socialmente.

Las interacciones y espacios educativos son «oportunidades subjetivantes», situaciones donde se puede detonar el encuentro con la propia experiencia y la experiencia humana [Morgade, 2005], y el cual contribuye en la inscripción de esas posiciones y experiencias. Creo que los espacios que detonan un aprendizaje simbólico y que configuran nuestra memoria colectiva, son especialmente efectivos como oportunidades subjetivantes. Pensemos de nuevo en los museos, las celebraciones públicas o las fiestas patrias donde el encuentro es motivo central de la asistencia a éstos. Sin embargo, la experiencia humana con la que se contacta con ellos puede tener como resultado el aprendizaje del dominio para unos grupos, y de la subordinación (de género, de etnia, de edad, de clase, o de cualquier otra condición de alteridad) para otros; como se ilustra con la visión de la historia que se comunica en el museo, la cual presenta una imagen subordinada de las mujeres, así como de otros muchos grupos sociales que tampoco pertenecen al selecto grupo de héroes cuyas hazañas se consideran el símbolo y trayectoria de la historia, ofreciendo referentes sumamente desiguales para la identificación de unos y otros.

Ana María Fernández [2001] analiza la dimensión subjetiva de la discriminación y desigualdad social; afirma que la desigualdad necesita formar parte del «bagaje subjetivo» de los grupos dominantes y dominados que, junto con otros mecanismos materiales, produce un entramado simbólico, subjetivo, de poder y económico que sostiene la desigualdad. En el caso de los grupos dominados, se implica la formación de una subjetividad basada en una autopercepción de inferioridad (que no excluye cierta tensión y grados distintos de resistencia). En los lugares de la memoria no es difícil que unos grupos construyan esta autopercepción cuando se enfrentan a un discurso que los excluye, a la invisibilización sistemática, a la desvalorización social, a una memoria social en la que no aparecen o aparecen subordinados. Esta autopercepción puede suponer también un proceso de autosujeción en el que la persona se ata a sí misma o se somete a otros, construyéndose la subjetividad que hace posible la sumisión y el dominio [*idem*].

Los lugares de la memoria son espacios de aprendizaje simbólico en los que, a partir de sus contenidos tradicionales en términos de género y de su omisión de nuevos imaginarios de autoridad femenina y de libertad genérica (entre otras omisiones), se puede influir en la formación de subjetividades de inferioridad y exclusión, de identidades femeninas individuales y colectivas «autosujetadas». Por ejemplo, a través de los monumentos públicos y nombres de las calles de nuestras ciudades — en las que usualmente no hay referentes femeninos—, podemos aprender que el mundo lo conducen los hombres, que las cosas importantes y transcendentales

les son ajenas a las mujeres, que el espacio público no nos pertenece, y podemos asumir entonces ese lugar subordinado que la sociedad patriarcal nos impone, se instala en el propio bagaje subjetivo la invisibilidad, la falta de poder político, la carencia de espacios y roles públicos [cfr. del Valle]. Paralelamente los grupos afines a los valores y discursos destacados afirmativamente en los lugares de la memoria se sentirán identificados, reconocidos, aprenderán a saberse parte del grupo dominante, a construir una subjetividad de jerarquía y dominio.

Los lugares de la memoria son en sí mismos dispositivos y resultados de una selección-imposición ideológica, simbólica, política, social y estética. Son también un ejercicio de dominación en tanto construyen una memoria y un olvido que suponen la apropiación y manipulación de un pasado y unos conocimientos, y con esto, el despojo de la memoria social de algunos grupos, destruyendo o marginando sus imaginarios y saberes, así como las prácticas sociales en torno de éstos. Así, los lugares de la memoria producen y reproducen las desigualdades sociales, las identidades y subjetividades aptas para la dominación y la subordinación, los modelos de comportamiento e interacción. Con ellos, se forman/ deforman sujetos políticos en función de determinados universos de significados, imaginarios y sentidos sociales.

En el caso de las mujeres se debilita nuestra capacidad como sujetos individuales y políticos, debido a la invisibilización sociocultural de nuestras voces y memorias asociadas a nuestra insignificancia social, con la desvalorización de nuestros saberes y temas, así como con el desconocimiento de nuestras luchas. Asimismo, al ser despojadas de memoria y voz, se restringen las formas de comunicación e intercambio de información, lo cual provoca el aislamiento [cfr. Alfarache].

El desconocimiento propio, la falta de conciencia sobre el trabajo creativo y colectivo de las mujeres, la expropiación de la voz femenina, y las múltiples referencias y prescripciones masculinas sobre las mujeres, se instalan en nuestra subjetividad bajo la idea de indefensión, de falta de poder.

Como señalé, el poder de dominación sobre los grupos subordinados implica la apropiación de sus relaciones con el pasado, presente y futuro, con lo cual se limita y aprisiona su potencia de acción colectiva, pues de la recuperación y transmisión de la(s) memoria(s) histórica(s), en este caso, de la memoria histórica de género y de la memoria colectiva feminista, depende la continuidad intergeneracional de la lucha por el avance de las mujeres y el traslado de saberes y experiencias que nos capaciten para participar en la vida pública. La memoria colectiva está íntimamente vinculada con la construcción y resignificación de las identidades críticas afirmativas, con la construcción de un horizonte y con la capa-

cidad de acción colectiva, por lo tanto, tiene gran importancia en el proceso de ciudadanización de personas y grupos.

En el proceso y ejercicio ciudadanos hay una «dimensión subjetiva» fundamental. Implica la identificación y el desarrollo de un sentido de pertenencia a una comunidad con la que se comparte una cultura política, valores, derechos y responsabilidades respecto a la vida pública, el desarrollo de competencias cognitivas y subjetivas, y algunos recursos subjetivos que permitan participar en la vida pública. Estos recursos y competencias subjetivos se asocian principalmente a la formación de una conciencia colectiva que genere filiación, alianza, intereses comunes, la cual se basa en gran medida en el aprendizaje histórico y acumulación de saberes. Y a la auto-percepción de las y los sujetos, sus aspiraciones, motivaciones, representaciones e imaginarios respecto a la vida pública, sus actores e instituciones, que construyen una «subjetividad ciudadana» [Giroux, 1993] cuyo núcleo central reside en la capacidad para dimensionar el poder de la ciudadanía, es decir, para reconocer la capacidad y poder como individuo y grupo. Esto se apoya también en la memoria y conciencia de la posibilidad del cambio social impulsado colectivamente.

En términos materiales y subjetivos los recursos y capacidades para la ciudadanización son desiguales entre hombres y mujeres. Las mujeres difícilmente podemos construir el poder de capacidad individual y de acción colectiva si carecemos de una memoria histórica, de unos referentes desde donde partir y prevalece un imaginario de exclusión. La acción colectiva implica «estar en lo público», lo cual significa estar presentes en los centros de decisión y decidir, cómo ser públicas, ser vistas, ser conocidas por el público [Rubio, 1997], significa participar en la vida política e institucional, también tener nuevos referentes simbólicos desde donde hacerlo, contar con una identidad y saber propios, definidos, fuertes.

Estos planteamientos evidencian que el aprendizaje que puede darse en los lugares de la memoria a partir de guiones de género tradicionales es importante en la no-ciudadanización femenina, pues como se ha visto, pautan imágenes que conllevan subjetividades e identidades aptas para la dominación, además de reforzar la invisibilidad de las mujeres, configurando sujetos políticos autosujetados y sujetables, sin capacidades ni recursos suficientes para su acción colectiva. Por tanto, mientras esos contenidos estén presentes de manera sistemática en nuestra vida cotidiana, es difícil construir la autonomía y la ciudadanía de las mujeres, formar un bagaje que permita reconocernos como autoras y protagonistas, conocer y recuperar experiencias previas. Por estos motivos, los lugares de la memoria son un campo fun-

damental de incidencia, negociación y lucha ciudadana feminista, así como para la construcción de procesos de democratización más amplios.

#### **4. Asimilación y resistencia**

Si bien he descrito de manera abstracta algunas posibilidades formativas de los lugares de la memoria, vale recordar que el aprendizaje en general, y en este caso, el aprendizaje simbólico de imágenes, identidades y subjetividades no funciona de manera mecánica ni implica una mera recepción y asimilación de los contenidos que se transmiten en los lugares de la memoria, sino que es producto de un proceso de significación y negociaciones que cada persona establece con esos contenidos a partir de los cuales asume, rechaza o transforma de manera más o menos parcial los mandatos de género implicados en esos contenidos.

De igual manera, la subjetividad e identidad se entienden como procesos en permanente construcción en los que intervienen la influencia de ciertas condiciones y elementos del contexto sociohistórico, y la capacidad de cada persona de actuar en y sobre su realidad, dando lugar a un proceso singular de construcción personal, de «generización», de configuración de la subjetividad individual y colectiva. La tensión entre las influencias externa e interna varía en función de las circunstancias y de las posiciones que en cada una de ellas juega el sujeto.

En términos de esas influencias amplias, reconozco que nuestras sociedades siguen siendo en gran medida organizaciones patriarcales, por lo tanto, somos socializadas/os en una cultura sexista, desigual y androcéntrica. Aunque también coexisten y se superponen a esa cultura patriarcal otras culturas de género, producto de las luchas feministas y del movimiento amplio de mujeres, dando lugar a órdenes de género sincréticos, a transformaciones de género y tensiones entre la conservación y el cambio [Lagarde, 2001] que han incidido en algunos de los espacios y contenidos de la socialización, en algunas de las instituciones y elementos centrales de la cultura y organización social. En este contexto, los lugares de la memoria pueden ser o han sido resignificados o contruidos desde grupos comúnmente excluidos, desde visiones e identidades alternativas que resisten y desafían aquéllas hegemónicas y subordinantes, construyen estrategias contra el olvido, aportan otros sentidos a la comunidad, posicionan determinadas visiones y actitudes, proponen nuevas formas para el orden social.<sup>1</sup> Los nuevos contenidos de género de los lugares de la memoria pueden ser causa y consecuencia de un cambio cultural al introducir valores, imaginarios o ideas, acordes a una cultura de equidad de género, constituyendo nuevos contenidos de la memoria, nuevas memorias colectivas que buscan ser preservadas y transmitidas.

Existe una capacidad colectiva de construir, reconstruir y transformar los lugares de la memoria y sus contenidos,<sup>2</sup> además de que en la experiencia individual de acercamiento a éstos hay también un proceso de acomodo, de negociación o rechazo a sus discursos, sean o no dominantes. En mi trabajo etnográfico en salas de museos constaté distintas estrategias de las personas para resistir y asumir los contenidos del museo. Dos breves ejemplos lo ilustran:

En las salas etnográficas, la guía conduce al grupo de preescolares a otra vitrina donde hay tres maniqués de mujeres con distintos vestidos y tres figuras pequeñas de tela, dos de mujeres y una de hombre.

Guía: ¿Qué vemos?

Niño: Hombrecitos.

Niña: Personas.

Niña 2: ¡Mujeres, son mujeres!

Llega una pareja al alcázar. El señor lee la cédula, algunas frases en voz baja, otras en silencio. Recalca (con el tono de voz) la parte que se refiere a los costos para las arcas públicas del mobiliario de las residencias imperiales. Después exclama: «¡Qué bueno que no tuvieron hijos (refiriéndose a Carlota y Maximiliano), si no, imagínate cómo nos hubieran dado lata!»

En el primer ejemplo, la atención de las niñas al género, el reconocimiento del sexo de las figuras en todas las escenas del museo y el interés por lo que hace en ellas la figura identificada como femenina, son maneras de enfrentar el discurso androcéntrico y excluyente. En el segundo, el señor introduce el conflicto derivado del hecho que se presenta sin problematización alguna en el cedulaario, y mediante su comentario irónico, expresa su valoración diferente a la ofrecida en el museo respecto a los personajes en cuestión. Los públicos encuentran formas de cuestionar el discurso legitimado, de introducir algún sesgo o interpretación personal para considerarlo válido, o de integrarlo parcial o totalmente. Hay que reconocer que el éxito de esas estrategias, su sistematicidad y alcances varían ampliamente.

Esta relativa capacidad de cada persona para negociar los significados y contenidos del discurso de los lugares de la memoria y de incorporarlos de una u otra forma como parte de su subjetividad, no contradice el argumento inicial sobre la influencia formativa y poder dominante de los lugares de la memoria,

sino que resalta el hecho de que hay una interacción dinámica, sujeta a influencias y recursos distintos y cambiantes en cada situación, en la que los sujetos entran en relación con discursos legítimos e institucionalizados cuyo peso y fuerza no hay que desestimar.

### **Conclusiones**

Esta incipiente exploración sobre las implicaciones formativas en torno del género en los lugares de la memoria, permite comprender la importancia del aprendizaje simbólico y de estudiar e intervenir los espacios donde se desarrolla. Evidencia que es oportuno comprender los procesos educativos que se dan en estos lugares porque tienen códigos y lógicas particulares y poco conocidos, a pesar de que mediante ellos circulan contenidos de fundamental importancia para el trabajo feminista, los cuales se transmiten, asimilan o negocian a través de experiencias singulares y complejas que requieren ser comprendidas y revisadas.

Analizar las maneras en que se asumen, construyen y socializan la historia y la memoria podrían ser ejes fundamentales de la investigación, teorización y prácticas feministas, así como de las políticas para erradicar la cultura de opresión genérica. Este análisis permitiría comprender cómo se pueden dar pautas de transformación cultural, a partir de los guiones de los lugares de la memoria que están afectando negativamente la ciudadanización de las mujeres y otros grupos excluidos. Coadyuvaría a consolidar el capital simbólico del feminismo y aumentar su capacidad de difusión e incidencia pública, así como a teorizar sus prácticas educativas, culturales y políticas — como las celebraciones públicas que ha impulsado—, para reforzar el trabajo de revisión y creación de conceptos y prácticas, acrecentando la capacidad de debate y propuesta tanto dentro del feminismo como en otros ámbitos académicos, culturales y políticos.

Además, serviría para tener marcos más creativos y complejos para pensar y plantear la ciudadanía femenina y la democratización social, entre otros desafíos sociales. Esto supondría vincular la construcción de los lugares de la memoria con el ejercicio de derechos y con la construcción misma de las instituciones y mecanismos en que se sustentan. La democracia implica no sólo participar en las instituciones, sino también en su diseño y en la definición misma de lo que se institucionaliza, por eso es fundamental luchar por la recuperación de las distintas memorias colectivas para defender nuestro derecho a existir y ser reconocidas públicamente. También para participar en la negociación y en la construcción de la esfera pública, para «estar en lo público» e inscribir nuestras memorias colectivas dentro de la memoria social más amplia, construyéndonos como mujeres y como ciudadanas plenas.

Recepción: Marzo 13 de 2007

Aceptación: Agosto 31 de 2007

**Luz Maceira Ochoa**

lmaceira@iteso.mx

Maestra en estudios de género por el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México. Actualmente estudia un doctorado en Investigaciones Educativas del Cinvestav. La presente investigación es parte de su tesis doctoral.

**Notas**

<sup>1</sup> Por ejemplo, actualmente se cuenta con un calendario impulsado por el movimiento feminista y amplio de mujeres, que incluye los días internacionales de las mujeres, de la no-violencia contra las mujeres, de la salud, de la maternidad voluntaria, del sida, contra la homofobia, etcétera. Así como eventos, como marchas lésbico-gay, entre otros, que podrían valorarse como espacios de subversión y protesta, como ejemplos de apropiación del espacio público, de construcción de nuevos lugares de la memoria, en donde se favorece un aprendizaje de género distinto al tradicional-patriarcal.

<sup>1</sup> Un ejemplo es el de grupos latinoamericanos que luchan por la democracia y buscan recuperar la memoria histórica que les fue arrebatada por dictaduras. En su esfuerzo, las fosas comunes anónimas donde fueron depositados los cadáveres de miles de personas a fin de ser olvidadas, están convirtiéndolas en lugares de la memoria al ser identificadas, catalogadas, marcadas y declaradas monumentos históricos que complementan y/o desafían la historia oficial y sus contenidos y símbolos. Otro es el de familias y grupos solidarios que colocaron cartas, carteles y fotos en muros, plazas, estaciones de trenes o cualquier otro sitio relacionado con una guerra, un ataque o cualquier otro oprobio vivido por la población, a través de las cuales los convierten en espacios con un sentido histórico y pedagógico que narran distintas historias, dolores, glorias, más allá de lo que «oficialmente» pretenda memorarse, y que establecen vínculos sociales intensos y significativos, construyendo un sentido de solidaridad, una identificación común a favor de ciertos temas, valores o demandas, tal es el caso de la estación de trenes en Madrid.

**Bibliografía**

- Alfarache, Ángela (2003). *Identidades lésbicas y cultura feminista*, Plaza y Valdés editores. UNAM: México.
- Bonder, Gloria (1998). «Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente». En: *Género y epistemología: mujeres y disciplinas*, Santiago: Programa Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Chile.
- (2005). «Repensando el género y la educación en un contexto global: mapa de los debates actuales en teoría, investigación y políticas», Buenos Aires: Seminario PRIGEPP-FLACSO.

- Del Valle, Teresa (1997). *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*, Madrid: Cátedra.
- Fernández, Ana M. (2001). *El fin de los géneros sexuales*, Buenos Aires: INADI-UNICEF.
- Giroux, Henry (1993). *La escuela y la lucha por la ciudadanía. Pedagogía crítica de la época moderna*, México: Siglo XXI editores.
- González, Rosario (2005). «Aprendizaje simbólico». *Sinéctica*, núm. 26, Tlaquepaque, Jalisco: ITESO, febrero-julio 2005, pp. 85-93.
- Lagarde, Marcela (2001). *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, tercera edición, Madrid: Horas y horas.
- Morgade, Graciela (2005). «Sexualidad y prevención: una desafortunada conjunción escolar», documento presentado en el II Congreso Argentino y III Congreso Latinoamericano de Salud Sexual y Reproductiva. Rosario.
- Rubio, Ana (1997). *Feminismo y ciudadanía*, Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer.